

Elecciones presidenciales del año 2000 (persistencia del caudillismo y cambios en la forma partido)

Octavio Rodríguez Araujo*

A la incapacidad de los partidos políticos mexicanos, clasistas e ideológicos, de acceder al poder a través de las elecciones, fueron los caudillos modernos quienes lograron las principales derrotas del Partido Revolucionario Institucional (PRI): la primera, aunque no reconocida, frente a Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y la segunda, el 2 de julio de 2000 frente a Vicente Fox. En el afán de sacar al PRI de Los Pinos, numerosos personajes de la clase política parecen haber olvidado la historia y las claras diferencias existentes entre los partidos, al dar prioridad a sus intereses electorales por sobre el contenido de sus propias plataformas políticas. El presente texto aporta elementos para pensar las posiciones que están adoptando los partidos políticos, los principios de acción de sus líderes y el papel de los caudillos en el régimen que recién ha comenzado.

I. ¿País de caudillos?

Antes de las elecciones federales de 1988 parecía impensable que el PRI pudiera ser derrotado para la

* Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Presidencia de la República. Los partidos de oposición no eran competitivos a escala federal, aunque lo fueran en algunos ámbitos estatales y municipales. El Congreso de la Unión era dominado también por el Partido PRI y la misma situación se daba en los congresos de los estados.

Entre la oposición tradicional, el Partido Acción Nacional (PAN) era el único que podía obtener para sus candidatos gobiernos estatales, aunque no se le reconocieran sus triunfos. En el caso de los demás partidos, incluidos aquellos que eran calificados como gobiernistas, en lugar de obtener más votos vieron disminuido el número de sufragios a su favor como tendencia generalizada¹. De golpe, en 1988, un grupo escindido del PRI y encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas conoció la adhesión de otros partidos y grupos políticos y todos ellos formaron el Frente Democrático Nacional (FDN) que fue creciendo a lo largo del periodo de campaña de ese año. Sólo dos partidos de izquierda, además obviamente del PAN y del PRI (ambos de derecha), mantuvieron sus candidaturas a la Presidencia: el Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Mexicano Socialista (PMS). Este último, a un mes de las elecciones del 6 de julio, se sumó a la candidatura de Cárdenas y, a partir de este hecho, para muchos observadores se reafirmaba la idea de que esta elección presidencial iba a ser reñida y difícil para el PRI.

El gran fraude electoral de 1988 le dio el triunfo al candidato del PRI, pero a todo mundo le quedó la sensación (y para muchos la certidumbre) de que Cárdenas había ganado. El "cuerpo del delito" (las boletas electorales) fue deliberadamente bloqueado para su análisis y finalmente fue cremado para que no pudiera practicársele una autopsia. No se pudo saber a ciencia cierta quién ganó, pero la lógica nos dice que no fue Carlos Salinas de Gortari. En otras palabras, aun "ganando" el candidato del PRI, este partido perdió la Presidencia del país por primera vez en su historia. Interesa hacer notar que partidos con mayor tradición y de añeja antigüedad no fueron capaces de derrotar al PRI como sí lo logró un frente de pocos meses de vida y cuyo candidato

¹ La excepción era el Partido Demócrata Mexicano, cuyo origen y composición principal se localizaba en la antigua Unión Nacional Sinarquista y, por lo tanto, fue un partido de derecha.

² En el caso de Almazán, primero fue su candidatura y luego se vio precisado a formar el partido que lo postulara. Este fue el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN). El caso de Henríquez Guzmán fue diferente. En 1945 él y varios destacados cardenistas desplazados de los centros de decisión gubernamental durante el periodo de Ávila Camacho formaron la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM), pero Henríquez declinó presentarse como candidato para las elecciones de 1946. En 1951 la FPPM fue reorganizada y lanzó como candidato, ahora sí, a Henríquez contra la candidatura de Ruiz Cortines del PRI.

había sido parte del partido oficial un año antes de los comicios. Este fenómeno era semejante al ocurrido con Juan Andrew Almazán en 1940 y con Miguel Henríquez Guzmán en 1952; es decir, dos candidatos, ambos escindidos del campo oficial y que al formar partidos al vapor tuvieran más éxito que partidos existentes desde mucho tiempo antes².

A Almazán y a Henríquez les llamé en algún artículo sobre el tema "oposición cismática"³. A Cárdenas lo podríamos ubicar en el mismo esquema de interpretación. Los tres comprobaron que los partidos opositores más o menos permanentes no tenían suficiente fuerza como para derrotar al PRI en la elección presidencial. Los tres candidatos cismáticos demostraron en su momento que los partidos en México, con sus plataformas muy elaboradas y con ideologías más o menos definidas y diferenciadas, no eran suficientemente atractivos para el electorado, fraudes aparte. ¿México país de caudillos? Quizá. Lo que sí puede afirmarse es que el país, incluso ahora, no es un país donde los partidos por sí mismos puedan ganar una elección presidencial. Es más, incluso una organización militar, ilegal y opositora como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha desdeñado a los partidos y llegó a plantearse un frente (el Movimiento para la Liberación Nacional) entre lo que fuera en su momento la Convención Nacional Democrática y Cuauhtémoc Cárdenas (febrero de 1995), y no con su partido que ya era entonces el de la Revolución Democrática (¿reconocimiento a un caudillo?).

Vicente Fox, candidato del PAN que tenía, de acuerdo con las encuestas más confiables, posibilidades de derrotar al PRI en 2000, tampoco es un hombre de partido sino más bien alguien que, con apariencia de caudillo y con una personalidad carismática, se impuso a su partido al iniciar antes que nadie su campaña, primero para ser el candidato del PAN y luego para competir por la Presidencia de México⁴. De la misma manera que los varios partidos que formaron el FDN se vieron atraídos por la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, pues es obvio que su partido-plataforma de lanzamiento (el Auténtico de la Revolución Mexicana) no era creíble, Fox arrastró al PAN con el éxito que ya había logrado antes de la convención de su partido y con el

³ Octavio Rodríguez Araujo, "El Henriquismo: última disidencia organizada en México", en revista *Estudios Políticos*, México, núm. 3-4, septiembre-diciembre de 1975.

⁴ Vicente Fox inició su campaña al margen del PAN y en no pocas ocasiones tuvo contradicciones importantes con sus dirigentes, especialmente con Carlos Castillo Peraza y Felipe Calderón Hinojosa, además de descalificaciones dirigidas al ex candidato presidencial Diego Fernández de Cevallos (véase periódico *La Jornada*, 25 de abril de 2000).

concurso de la asociación *Amigos de Fox* –que no fue precisamente pequeña para el momento de las elecciones.

Se podría decir que lo anteriormente expresado no puede generalizarse pues ahí está el caso del PRI, cuyos candidatos han sido conocidos por la población a partir de que fueron ungidos como tales. Nadie puede decir que Adolfo Ruiz Cortines, José López Portillo, Miguel de la Madrid o Ernesto Zedillo, para mencionar sólo a algunos, hayan tenido o tengan, incluso después de haber sido presidentes, siquiera la apariencia de caudillos. Labastida Ochoa, candidato del PRI en 2000, no fue tampoco un ejemplo de personalidad carismática comparable a la de un caudillo. Sin embargo, no debe olvidarse que antes de la existencia del PRI (y de sus antecesores), el país estaba gobernado por hombres fuertes y carismáticos quienes, antes de propiamente institucionalizar a su partido como un partido del régimen, eran los que decidían la política del país. Una vez institucionalizado el PRI (desde que fue transformado por Lázaro Cárdenas en Partido de la Revolución Mexicana) fue el poder del presidente saliente el que determinaba quién sería su sucesor, aunque se tratara de personalidades opacas y poco destacadas en la política nacional. En otros términos, el PRI era un partido que pudo prescindir de candidatos atractivos y carismáticos porque lo que ha contado hasta ahora en las elecciones nacionales ha sido el *aparato* y los recursos que maneja el gobierno federal, incluidos entre éstos los medios de comunicación y las posibilidades de coacción y compra de votos sobre todo en el medio rural (y antes también el voto corporativo ahora muy desgastado).

La existencia del PRI como partido dominante y como partido de un largo régimen inaugurado por caudillos se ha debido, paradójicamente, a la negación de los caudillos como candidatos a la Presidencia de la República, al mismo tiempo que a la entronización del presidente como un caudillo sexenal, casi un monarca, cuya máxima expresión de poder fue designar a su sucesor como condición para garantizar la continuidad de grupos hegemónicos y complicidades adquiridas precisamente en las diversas dimensiones del poder. El PRI, o mejor dicho, quienes han ocupado como prístas las más altas posiciones del poder, supieron muy bien que si llevaban a la Presidencia a un caudillo (que no es lo mismo que convertir a un presidente en un caudillo sexenal), éste abandonaría con facilidad sus compromisos con otros y dejaría fuera del juego a quienes no le sirvieran para mantener su caudillaje. Esto lo entendió muy bien y mejor que nadie Plutarco Elías Calles, un caudillo, cuando resolvió que habrían de crearse las condiciones para que el país y la política no estuvieran dominados por grandes personalidades sino por instituciones. Cuando los caudillos aspiraban a la

Presidencia, para decirlo de manera esquemática, uno de ellos, y sólo uno, podía llegar a ocupar el cargo; razón por la cual los caudillos o quienes se sentían caudillos luchaban entre sí por la titularidad del Ejecutivo Federal. De aquí que se acordara, tácitamente, que el PRI, si bien estaría al servicio del presidente en turno, debía evitar darle el poder a quien fuera caudillo antes de ser presidente, es decir a un verdadero caudillo como lo fueron Álvaro Obregón y Calles y, en menor medida, Lázaro Cárdenas. No es casual que tanto Manuel Ávila Camacho como Miguel Alemán disminuyeran la presencia de cardenistas en sus gobiernos, al grado de que los cardenistas inconformes se reorganizaron en la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano con otro caudillo al frente y como candidato a la Presidencia: Henríquez Guzmán. La garantía de la permanencia del PRI como partido del régimen y en el poder ha sido, pues, paradójica: no darle el poder de la Presidencia a quienes antes de ocuparla sean o se crean caudillos. De aquí que cuando un ex presidente ha querido ejercer como caudillo y convertir el futuro inmediato en un nuevo *Maximato*⁵ (¿Salinas de Gortari?), la crisis en el PRI no ha podido ocultarse.

Pero el hecho de que el PRI sea anticaudillista por necesidad de sobrevivencia, no quiere decir que en el país haya desaparecido la tendencia caudillista de mucha gente, con la posible excepción de los jóvenes más activos y rebeldes en la actualidad. Este fenómeno, que hasta aquí he presentado como una posible línea de investigación, es el que *en parte* explicaría a Cárdenas en 1988 y a Fox en 2000. Pero sólo en parte. Otra explicación, íntimamente asociada a la anterior, se encontraría en los cambios que han sufrido los partidos en su forma, y no sólo en México.

II. Los cambios en los partidos

La tendencia electoral, al margen del aparato del PRI, ha sido privilegiar a caudillos o a quienes parecen serlo. Es decir, a personalidades carismáticas que son vistas como posibles *jefes*, faros de orientación, líderes morales y políticos, etcétera. Esta tendencia electoral se empata con los cambios sufridos por los partidos en su forma: partidos *catch all* en vez de partidos ideológicos comprometidos con determinadas clases sociales. (Nuevamente, aquí el PRI debe ser entendido de manera diferente, pues por ser partido gobernante siempre ha querido presentarse como un partido plural –de centro–, a veces con énfasis en los trabajadores, aunque en realidad sea y haya sido el

⁵ Se le llamó *Maximato* al periodo de gobiernos dominado por Calles, el *jefe máximo*, como se le llamaba entonces.

partido más importante, hasta ahora, de los grupos económicos más poderosos y de la burguesía como clase.)

Los partidos políticos mexicanos, como bien es sabido, tuvieron su mayor referente en Europa, más que en Estados Unidos pese a la vecindad con este país. Por lo mismo, los partidos mexicanos, aun antes de que fueran asociaciones organizadas de afiliados y militantes con dirigentes profesionales y con disciplina interna, siguieron el modelo europeo, donde los partidos propiamente dichos surgieron como partidos de clase y, por lo tanto, ideológicos. El mismo PRI, según quisieron presentarlo sus fundadores en 1929 (como Partido Nacional Revolucionario), surgió como un partido revolucionario (es decir de la Revolución de 1910) para el cual todos los demás partidos serían contrarrevolucionarios. El PAN surgió como un partido liberal y por lo mismo defensor de la libre empresa y contrario al estatismo. El Partido Comunista surgió como tal: comunista, aunque en no pocas ocasiones se alejó de esta calificación definitoria. El Auténtico de la Revolución Mexicana, como un partido que, a diferencia del PRI, sí defendía las posiciones (¿?) de la Revolución mexicana. El Partido Popular, después Popular Socialista, como un partido que no era de la burguesía ni del proletariado sino del pueblo y luego como un partido que luchaba, en el marco del modelo de la Unión Soviética, por el socialismo.

Así, los partidos políticos mexicanos, incluidos sus antecesores organizados más como clubes políticos que como partidos, fueron durante varias décadas ideológicos y más o menos aspirantes a representar diversas clases sociales, sobre todo a los trabajadores, aunque éstos nunca se dieran cuenta. Todavía en tiempos de la llamada reforma política en el gobierno de José López Portillo se hablaba del registro de partidos o de asociaciones políticas nacionales (pre-partidos) en función del *mosaico* ideológico del país (Jesús Reyes Heróles⁶); es decir, de partidos que pudieran representar las diversas corrientes ideológicas que supuestamente seguían segmentos definidos de la población. Eran los tiempos del debate de ideas, de concepciones del mundo y del país, de caracterización de la Revolución mexicana, de la transformación y vigencia de ésta, de las clases sociales y de los modelos de acumulación de capital. Se debatía, asimismo y entre la izquierda, si el socialismo debía ser alcanzado mediante una revolución o por formas electorales y parlamentarias (no se ponía en duda el objetivo socialista) y, en función de cada una de estas apreciaciones se discutía sobre la definición del *enemigo principal* del proletariado cuya existencia como sujeto de cambio revolucionario no se ponía en duda. Se pensaba también que los partidos eran

⁶ Discurso de Jesús Reyes Heróles, secretario de Gobernación, pronunciado el 1º de abril de 1977 en Chilpancingo, Guerrero, con motivo de la reforma política que se anunciaba.

vanguardias de clases sociales, algo así como *conciencia organizada de la clase obrera* o de otras clases y que, por lo mismo, esas vanguardias eran las que interpretaban las necesidades concretas y las históricas de las clases sociales aunque éstas no fueran conscientes de ellas. El autoritarismo, por lo tanto, permeaba incluso la vida de los partidos, donde la vanguardia de la vanguardia (la dirección del partido) decidía los principios, el programa, los estatutos y la estrategia a seguir no sólo por los militantes y afiliados de los partidos sino por la clase social que decían representar.

El resultado de estos partidos, clasistas e ideológicos, es que electoralmente vivían de fracaso en fracaso, pues al decir representar los intereses de un sector de la población estaban excluyendo a otros sectores, es decir votantes. Si el PAN era asociado a la defensa de los capitalistas (principales defensores de la libre empresa) y como partido contrario al estatismo, automáticamente era rechazado por quienes veían en los capitalistas a sus enemigos. El Partido Comunista o partidos similares, por el contrario, eran vistos por los empresarios como enemigos que querían quitarles sus bienes para repartirlos entre los trabajadores. En estos casos los empresarios ponían todo su esfuerzo, incluso propagandístico, para evitar que los trabajadores se inclinaran electoralmente por los partidos que les ofrecían mejores condiciones de llegar al poder.

A lo anterior debe añadirse que los problemas de estrategia entre la izquierda (reforma o revolución, para simplificar) dividieron a ésta y al dividirse disputaban a la misma "clientela" electoral que después de muchos años simpatizaba con las ideas socialistas. Al dividirse la izquierda, es obvio que la derecha (incluido el PRI) resultaba favorecida. Esto explica por qué, en tendencia matemática, los únicos partidos de oposición que aumentaron sus votos de 1977 a 1985 fueron el PAN y el entonces Partido Demócrata Mexicano, también de derecha.

El gobierno comprendió muy bien a la oposición. En lugar de combatirla la encauzó por la vía electoral y le ofreció a cambio recursos públicos, estatuto legal (reconocimiento institucional), apoyo para sus publicaciones y otros elementos que ningún partido pudo resistir. El resultado para los partidos, especialmente para los de mayor fuerza ideológica como marco para sus acciones, fue que quisieron crecer (lo cual los llevó a abandonar la formación de cuadros) y competir electoralmente (lo cual los llevó a dirigir sus discursos de acuerdo con el tipo de auditorio), terminando como organizaciones, algunas de ellas, que a toda costa intentaban no perder su registro porque con la pérdida de éste perdían los apoyos financieros para la subsistencia de sus dirigentes y el mantenimiento de sus locales. Digamos, aunque suene muy fuerte, que los partidos ideológicos sucumbieron a la tentación electoralista y a los recursos

públicos y, en general, con muy pocas excepciones, le bajaron el tono a su discurso corriéndose hacia el centro político, pues sabido es que las posiciones excluyentes son menos atractivas electoralmente que las llamadas plurales e incluyentes.

En esta situación estaba la izquierda partidaria cuando surgió la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas por el FDN Con la excepción del PRT, todos los demás partidos de izquierda, con o sin registro, y no pocos de centro que antes apoyaban al PRI, se sumaron a la candidatura del FDN, sin discutir principios ni ideología. Fue el éxito de un líder, extrañamente carismático (pues no es un gran orador ni grandilocuente) y priísta de toda la vida (que rompió con el PRI), el que sumó a partidos que antes, aunque fuera sólo en el discurso, se decían luchadores por el socialismo.

En el PAN ocurrió algo semejante, que ya venía desarrollándose desde mediados de los años setenta: otro líder (con apariencia de caudillo: Clouthier), en este caso empresarial y político, que años antes estaba con el PRI, llevó al PAN a apoyarlo con absoluta independencia de los principios tradicionales del partido. En otros términos, en el PAN predominó el pragmatismo de sus dirigentes y los afanes electoreros en una coyuntura supuestamente favorable por la inconformidad generada por la grave situación económica del país que la gente común y algunos especialistas asociaban a la política del gobierno priísta de Miguel de la Madrid.

A partir del triunfo no reconocido de Cárdenas, es decir, del momento en que el PRI perdiera por primera vez una elección presidencial, tanto el PAN como el nuevo partido que surgiría del FDN (el PRD) vieron posibilidades no sólo de ganar gubernaturas (la primera la ganó el PAN, con reconocimiento gubernamental, en Baja California en 1989) y presidencias municipales, sino la Presidencia y porcentajes mayores en el Congreso de la Unión (incluso en el Senado, donde se ampliaron las posibilidades para darle entrada a la primera minoría y a la representación proporcional).

Con ese triunfo, los partidos asumieron que la ideología, la defensa de intereses de clase, el socialismo como objetivo (en un mundo donde, se dijo, ya no había "países socialistas") y el estatismo-populismo del pasado eran limitaciones que en lugar de atraerles votos los excluían. En consecuencia, los partidos adoptaron parte de una nueva ideología que sus publicistas no reconocen como tal: el *posmodernismo*, corriente que privilegia conceptos como sociedad civil, pluralidad, democracia, libertades (incluyendo la de mercados, obviamente), el capitalismo como una fatalidad y, en el mejor de los casos, una tercera vía que toma distancia (sólo en la apariencia)

del socialismo y del capitalismo cuando en realidad es tan defensora de éste como las corrientes más conservadoras.

De este modo se explica que las izquierdas, incluyendo el EZLN, omitan de su discurso el socialismo y hablen, como en el caso del PRD, de suavizar las contradicciones más groseras del neoliberalismo y la globalización, y que, en el caso de los partidos, se hayan convertido en organizaciones *catch all* donde quepan todos, hasta candidatos que quisieron ser propuestos por el PRI y al día siguiente de su fracaso aceptaron ser postulados por el PRD⁷.

El modelo europeo de los partidos políticos cambió en Europa a partir del surgimiento del eurocomunismo (1974), y fue adoptándose poco a poco el modelo de Estados Unidos, allá y en casi todo el mundo. México no fue una excepción, por lo que el caudillismo moderno se vio abonado por la existencia de partidos desdibujados ideológicamente cuya máxima aspiración es la toma del poder, en cualquiera de sus niveles, para desde ahí, supuestamente, modificar en algo la política y la ideología neoliberal que, en el caso mexicano y gracias al presidente Zedillo, todavía es dominante. La idea, tanto en el PAN como en el PRD, era ganar la Presidencia y, de ser posible, la mayoría de los asientos en el Congreso de la Unión, con la diferencia de que el liderazgo de Cárdenas se ha deteriorado en los últimos años, mientras que la figura de un caudillo moderno y empresarial, dicharachero y rústico en el lenguaje, creció para amplios sectores de electores que no están interesados en las diferencias, si las hay, entre los partidos –pues hoy en día casi nadie lee libros, mucho menos documentos partidarios, pero sí ve televisión. Y la estrategia de Fox estuvo basada en la mercadotecnia, área en la que él y sus asesores más cercanos son expertos. La estrategia de Cárdenas, en cambio, consistió en hablar con la población, en usar más el discurso que el *slogan* propagandístico y en plantear ideas más que ocurrencias que den la nota en los medios.

III. ¿Todos contra el PRI o cada uno por su lado?

Antes de las elecciones federales pasadas se discutía en los medios si era o no aconsejable una coalición entre el PRD y el PAN, en principio, para la Presidencia de la República. Esta coalición supondría la renuncia de Cárdenas o de Fox a favor del otro

⁷ Los casos más comentados fueron el de Layda Sansores en Campeche y el de Ricardo Monreal en Zacatecas. Sansores perdió, pero Monreal es actualmente gobernador.

o, eventualmente, de otro candidato. La tendencia entre quienes sugirieron la coalición fue que Cárdenas renunciara a favor de Fox por ser éste quien más alto estaba en las encuestas conocidas hasta ese momento y, por lo mismo, por ser quien más fácilmente podría ganarle a Labastida y al PRI. *Voto útil* fue la expresión más socorrida por quienes quisieron ver derrotado al PRI incluso a costa de ceder en principios partidarios e ideológicos, es decir, en términos pragmáticos.

A principios de 1999 Cárdenas planteó la posibilidad de una coalición opositora para derrotar al PRI. El PAN estaría contemplado como un posible e importante miembro de dicha coalición. Uno de los puntos centrales de esta propuesta era la conveniencia de que se diera, ahora sí, la alternancia política en la Presidencia con el fin de construir una nueva nación. Andrés Manuel López Obrador llegó a decir en Tabasco sobre la alianza opositora con el PAN: "Tenemos diferencias, pero la democracia es primero; nada ha dañado más a México que la antidemocracia".⁸ Ese mismo día en Tabasco Cuauhtémoc Cárdenas dijo "que para su partido sobrevienen tres decisiones fundamentales: Elegir al candidato del PRD a la Presidencia de la República; la elección del abanderado de la coalición, antecedida por la elaboración de la plataforma política, y un plan para combatir la corrupción, un proyecto para acelerar el crecimiento económico y un programa para abrir oportunidades a mujeres y jóvenes". Y añadió que "habrá de requerirse un acuerdo para integrar el próximo gobierno de la República. De una coalición electoral, que va a ganar la elección del 2 de julio, debe surgir un gobierno de coalición."⁹ Reiteró, asimismo, su propuesta para elegir al candidato de la coalición:

No es que estemos empeñados en tomar una vía única, pero vemos que la elección primaria es el único camino que permite a todos los ciudadanos del país participar en una decisión de la importancia de ésta, porque elegir al candidato de la coalición implica elegir al próximo Presidente de la República.

El PAN por su lado ya había dicho, en voz de su presidente (Felipe Bravo Mena), que "estamos en condiciones objetivas muy adversas para la convergencia". Y respecto a la propuesta de Cárdenas sobre el método para elegir al candidato de la coalición,

⁸ Periódico *La Jornada*, 16 de agosto de 1999.

⁹ Sobre este punto, Vicente Fox no estuvo de acuerdo: el candidato de la gran alianza, de triunfar, "debe contar con amplia libertad para definir su gabinete, las medidas políticas y las acciones de gobierno..." Citado por Lourdes Galaz, en periódico *La Jornada*, 4 de agosto de 1999.

¹⁰ Periódico *La Jornada*, 21 de mayo de 1999.

expresó que “sería imposible una elección primaria para seleccionar al candidato de una eventual coalición porque se corre el riesgo de que se presenten conductas que lleven al desastre”.¹⁰

Bravo Mena se refería a la gran cantidad de anomalías y hasta fraudes que hubo en marzo de ese año en la elección del Comité Ejecutivo del PRD. Y respecto a las diferencias entre ambos partidos, mientras López Obrador decía que la democracia estaba por encima de las diferencias, Bravo Mena expresaba que formar una coalición sólo para sacar al PRI de Los Pinos representaba una visión corta y simplista, dado que lo que podría dar validez a la alianza sería un proyecto alternativo acordado entre los partidos coligados de tal forma que no sólo se avance en la transición democrática sino que también “aborde asuntos de política social, económica, internacional.”¹¹

A finales de noviembre de 1999 el periodista Alberto Aguirre, del periódico *La Jornada*¹², citaba un estudio prospectivo del PRD en donde se calculaban los siguientes datos:

-La coalición PAN-PVEM superaría los nueve millones de votos, tendría 31 por ciento de los votos y ganaría la mayoría relativa en Jalisco, Guanajuato, Nuevo León, Baja California, Colima, Querétaro y Aguascalientes. Obtendría la mayoría relativa en 79 distritos, incrementando en 16 los que obtuvo el PAN por sí mismo.

-La coalición PRD-PT alcanzaría poco más de ocho millones 300 mil votos y obtendría la mayoría de los votos en Morelos, Michoacán, Distrito Federal y el estado de México. Ganarían 76 distritos y obtendrían 29 por ciento de la votación nacional.

Si esos cálculos eran correctos o no, lo cierto es que algunos meses después, en abril de 2000, 29 por ciento de la votación nacional para el PRD pareció una exageración de acuerdo con las varias encuestas levantadas en las últimas semanas antes de la elección. En ese momento ninguna encuesta le otorgaba al PRD más de 13 por ciento de la votación total, mientras que al PAN se le asignaba más de 40 por ciento y posibilidades de superar al PRI después del debate televisivo del 25 de abril en el que las encuestas, válidas o no, le dieron muchos más puntos a Fox que a Labastida y los demás candidatos.

¹¹ *Idem.*

¹² *Ibid.*, 28 de noviembre de 1999.

A un poco más de un año de formular su propuesta para formar una coalición, incluso con el PAN (a partir de una plataforma común y de una elección primaria), el candidato del PRD a la Presidencia le escribió a Héctor Castillo: “¡Y tú, el hijo de Heberto, me pides que decline por la reacción y por la antipatria!”¹³ Es decir, nada con el PAN y mucho menos declinar a favor de Fox.

No sólo las posiciones del PAN y del PRD, en principio, son diferentes en muchos aspectos, sino que la historia de alianzas de ambos partidos los separa en asuntos de vital importancia para el futuro del país, como fueron los casos de la reprivatización de la banca, las reformas al artículo 27 constitucional, Fobaproa, y otros de menor importancia. Estos temas, junto con la educación, la política social, los servicios públicos y los energéticos, tienen que ver con muy distintos conceptos de soberanía (si es que el PAN defiende la soberanía del país) y del modelo económico que debe seguir México como nación y no como parte subordinada y dependiente de la globalización económica y del neoliberalismo político-ideológico. En varios de los aspectos mencionados, el PAN ha hecho alianza con los gobiernos de Salinas y de Zedillo y, por extensión, con la fracción hegemónica y dominante del PRI. La oposición a estas reformas y a estos fortalecimientos del capital ha estado representada, no siempre con la contundencia esperada, por el PRD y algunos de sus aliados coyunturales. Entonces, ¿por qué habría de ser aconsejable la coalición opositora contra el PRI, como se había venido diciendo?

Varios conspicuos miembros del PRI, entre ellos González Fernández cuando era presidente de este partido, han coincidido en que la alianza PRD-PAN sólo tendría como finalidad ganar el poder o derrotar al PRI (que es lo mismo), “sin que medie una propuesta, una ideología o una oferta política” (González Fernández) o teniendo “tesis tan contradictorias” (Miguel de la Madrid). En el mismo sentido se expresó el dirigente de Democracia Social, organización que, según algunos observadores, estaba más cercana al grupo de Gobernación que a la oposición ideológica que pretendía representar. Empero, y esto es muy significativo, los priístas y sus satélites nunca cuestionaron las diferencias ideológicas que supuestamente tienen con el PAN, cuando se trató (como se sigue intentando) de ajustarse a los planteamientos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial en cuestiones de reducción del intervencionismo estatal en la economía y de sujeción a los mercados de todo aquello que permitía antes una mejor calidad de vida de la población en general. El PRI criticó el pragmatismo político-electoral de los partidos opositores, olvidando olímpicamente

¹³ <http://proceso.com.mx/declinar/texto02.html>, 20 de abril de 2000.

las *concertaciones* salinistas al PAN a cambio de aprobación de reformas legales favorables al proyecto neoliberal.

Ciertamente la coalición opositora, o más que ésta, la propuesta del *voto útil* y la declinación de Cárdenas a favor de Fox, que estuvieron a debate antes de los comicios, formaron parte de un proyecto pragmático que cuestiona por sí mismo y seriamente la historia y la trayectoria de los partidos. Sin embargo, ¿no han cuestionado los partidos su historia y su trayectoria? No puede pasarse por alto que el PAN ha sido cómplice oportunista de reformas antipopulares impuestas por los gobiernos tecnocrático-neoliberales, y que el PRD, pese a sus ambigüedades ideológicas y discursivas, ha sido el partido más importante antineoliberal en México. Pero tampoco puede pasarse por alto que tanto el PAN como el PRD, por voz de sus dirigentes o de sus candidatos o de cuadros importantes o gobernadores, no han sido coherentes en sus planteamientos y a veces incluso contradictorios.

Finalmente, como ya se mencionó, tampoco puede soslayarse que los partidos políticos, todos y no sólo el PAN y el PRD, han devenido pragmáticos y plurales (no representantes explícitos de una clase social específica ni de una ideología elaborada¹⁴), ni que tanto Fox como Cárdenas han venido jugando el papel de caudillos, modernos si se quiere, pero caudillos que han arrastrado a sus partidos no siempre reafirmando los principios y los programas que han elaborado como documentos que casi nadie lee pero que se supone que los define y los diferencia de los demás.

IV. ¿Un cambio de régimen?

El PRI perdió la presidencia de México por primera vez en su larga historia, pero el PRD fue el más perjudicado, entre otras razones porque no supo entender los tiempos que vivía el país y por sus divisiones internas propias de un partido todavía no consolidado. ¿De veras era tan simplista y corto de vista –como dijera el presidente del PAN– sacar al PRI de Los Pinos? En la lógica de los cambios por vía electoral, ¿la alternancia en la Presidencia de México, después de siete décadas de lo mismo, es un asunto trivial y no la posibilidad, finalmente y en última instancia, de un cambio de régimen?

¹⁴ Después de las elecciones, el Comité Ejecutivo Nacional del PRD publicó una autocrítica y, entre otras expresiones, se mencionó que la posición de izquierda asumida por el partido no correspondía a su realidad.

El triunfo de Fox ha significado la derrota del viejo régimen, pero también del que intentaran Miguel de la Madrid y sucesores (priístas), ya que ahora el modelo económico se desarrollará con otras fuerzas políticas y, al romperse las complicidades de los priístas (tecnocráticos o no) con grupos de capital (legal o ilegal), quizá también se desarrolle con otras fuerzas económicas o con nuevos arreglos con éstas.

Si aceptamos que un régimen es una forma de Estado, que en términos operacionales es una forma de existencia del Estado que depende de la correlación de fuerzas sociales y políticas en un país y en un momento dados, y que esta correlación de fuerzas seguirá dominada por los grandes intereses económicos, el régimen parecería ser el mismo de no ser porque las fuerzas políticas han sido sustituidas por otras (no priístas). Por lo tanto, con Fox en la Presidencia (en un país presidencialista) estaríamos en presencia de un nuevo régimen político, quizá más tecnocrático (inspirado en la empresa privada y en la calidad total), pero quizá más liberal que neoliberal, sin la vieja *clase política* –como está de moda decir– y, probablemente, menos autoritario, pues el caudillo que fue Fox antes de las elecciones no podrá seguir como tal después de tomar posesión como presidente, ya que la tendencia política apunta claramente a un presidencialismo más acotado y al fortalecimiento de los otros dos poderes toda vez que el PRI ya no es el partido del régimen al servicio del jefe del Poder Ejecutivo en turno.